

CAPITULO XCVII.

EFFECTO DE LA PRIMERA BATALLA EN PARÍS.

¿Qué efecto produjera este triste primer encuentro en el ánimo de París? Historiémoslo con imparcialidad.

Las primeras noticias dadas por la Comunidad sobre los tristes encuentros de sus tropas con las tropas de la Asamblea fueron de victoria y de regocijo. Los diversos cuerpos acababan de verificar su conjuncion y se dirigian con la fuerza de los torrentes, impetuosisimos, avasalladores, desde París á Versalles. Los que tanto criticaran el optimismo del gobierno de la defensa Nacional, seguianlo ciegamente y anunciaban triunfos sucedidos en el seno tan sólo de sus esperanzas. Y no se contentaban en su angustia con fantasear estos triunfos; atribuian todo género de crímenes á sus enemigos, como si la guerra pudiera ser otra cosa que un mal continuo y un continuo horror. De uno y otro lado habia odio implacable; y el odio implacable sólo puede engendar crímenes sin cuento. La democracia crece con la libertad y con el trabajo; mengua con la revolucion y con la guerra. Las democracias revolucionarias concluirán siempre por ser democracias guerreras. Y las democracias guerreras pondrán á

su frente un generalismo, un Imperator. Los excesos de la primera revolucion francesa llevaban dentro de sí la guerra y la guerra llevaba el Cesarismo. Dios no ha querido que la democracia sea el génio destructor, sino el génio creador en la historia.

En lo que realmente se obstinaba la Comunidad, guardando el mismo proceder de la antigua oposicion, era en imputar á los jefes desgracias muchas veces independientes de la voluntad y de la inteligencia de un sólo hombre. Cambiaba de generales con pasmosa rapidez. Primero se dirigió á Garibaldi, y Garibaldi se excusó con esa oportunidad y ese profundo sentido político negados y desconocidos por sus enemigos solamente. Garibaldi habia podido participar de una guerra titánica en que luchaba la República de Occidente con los Césares del Norte; pero Garibaldi no podía participar de una guerra civil en que luchaban hermanos con hermanos para desgarrar al cabo la República. Un consejo dió á los parisienses que prueba su criterio político fortalecido por su larga experiencia: la unidad de pensamiento, la energía de accion, la disciplina severa, la mesura mezclada

á la fortaleza, las necesarias eliminaciones de aquellos tres poderes, divididos, fraccionados, rotos en lucha unos con otros, imposibilitados de madurar cualquier plan uniforme; y su reduccion inmediata á una dictadura saludable capaz de resucitar la integridad y la inteligencia de un Wasingthon sobre las ruinas de nuestras viejas naciones.

Descartado Garibaldi, y no teniendo ningun otro general á mano, precisamente habian de caer en lo desconocido, precisamente habian de entregarse á la casualidad. Nombraron á Lullier y apenas lo nombraron, lo destituyen. Y no solamente lo destituyen, lo aprisionan. Afortunadamente la prision comunera soltaba con alguna facilidad sus presas; y Lulliersalé desafiando al gobierno y diciéndole que no pensaba partirse de París ni caer en la cárcel, armado como iba hasta los dientes, y seguido de valerosos amigos, con mucho entusiasmo por su persona y sin ningun temor á la muerte. Despues de Lullier, tocóle el turno de la desgracia á Bergeret.

En nada se demuestra tanto la incapacidad y la estolidez como en aceptar profesiones y cargos para los cuales no se tiene aptitud ni conocimientos, sobre todo, en las graves dificultades y en los grandes peligros. Bergeret era militar, porque él mismo se lo habia creído en sus ilusiones y se lo habia dicho á todo el mundo. Pero tenia á su lado un rival temible, que trataba de desbancarlo á toda costa; más inteligente á la verdad que él, y no ménos ambicioso, el célebre Cluseret. En esta competencia por el mando, fácilmente se adivinaba, con sólo ver á los dos personajes, á quién debía tocar la victoria. El combate por la vida, que hay universalmente empeñado en la Naturaleza, se reproduce en la Historia. Tenia Bergeret un cuñado, que se llamaba Eduardo Bac, de su Estado mayor, y de su secretaría particular. En ausencia del jefe, recibia los despachos, comunicaba las órdenes, distribuía las fuerzas, y divulgaba las noticias indispensables á

mantener el público entusiasmo. Era este Bac, craso, corpulento, forzudo, y por lo mismo, se creia militar; creencia alimentada por su propia vanidad, y por las lisonjas de sus aduladores. Entre estos se habia colado con siniestros fines, el temible y astuto Cluseret. Todos aquellos que en alguna profesion entran sin mérito ni talento, remedan á Fray Gerundio de Campazas, que ahorcó los libros para meterse á predicador; y Bac extendia sus planes de campaña sobre las mesas de los cafés y de las tabernas, teniendo por toda coleccion de mapas las barajas, y por todo númen guerrero las botellas. Así, en las horas de embriaguez, cuando la alegría le dominaba, y la esperanza le sonreía, medido en risueños vapores, deslizábase cautelosamente su adulador en el pecho, y le movia á soñar con los tres grados de las ambiciones demagógicas: el mando en jefe de un ejército, la presidencia legal de la República, el laurel y la corona de César. Y ninguno de éstos merecidos bienes podria alcanzar mientras ocultase el propio mérito tras el mérito de Bergeret, y lo nutriese con los jugos de sus talentos y de sus ideas, dándole palmas nacidas para sus heroicas sienas. En uno de los dias más críticos, Cluseret invitó á Bac á comer en la Casa de la Ciudad, con varios muñidores de la revolucion; y á los postres, despues de haberle dado á beber, le empeñó en sus conversaciones favoritas, y le hizo lanzar al viento sus ambiciones y las ambiciones de su cuñado. Bergeret fué preso á causa de esta revelacion, y con el pretexto de su última derrota. Ya no quedaba más general posible que el astuto Cluseret.

¿Cómo recibió París la noticia de sus desastres? Al pronto reinaba un grande aturdimiento en la opinion. Nadie sabia lo que pasaba; ni siquiera si la lucha se acabó. En todas direcciones cruzaban guardias nacionales, con sus fusiles al brazo, sus cantares en los labios, risueños como si fuera un ejercicio el combate, y una fiesta la muerte,

Neully, aquel ameno sitio, de quintas aristocráticas, de jardines pintorescos, de alamedas y bosques interminables, donde la vida late por todas partes, y la naturaleza muestra su fecundidad creadora, habiase convertido en oscuro antro de la muerte. Los reductos versalleses y las barricadas comuneras mezclaban sus fuegos; el tiroteo y el cañoneo sonaban como truenos sin término; cubrian las bombas de humo los aires y de ruinas la tierra; vomitaban las ametralladoras sus proyectiles de muerte como una granizada formidable y candente; guerreábase sobre el verde césped abrigado y aterciopelado por la primavera, que bebía la sangre de las venas como pudiera beber el agua de los cielos; guerreábase por las calles, en cuyas encrucijadas se emboscaban unos y otros para apuntarse con mejor ojo y herirse y matarse con más seguridad; guerreábase por las escaleras de las casas donde se remataban unos á otros con la furia de las fieras encerradas en la misma jaula. Cierta testigo de todos estos hechos contaba cosas siniestras y terribles. Un versallés y un comunero, armado cada cual de su fusil con la bayoneta calada, se encuentran, se miran, se empeñan horriblemente en singular y porfiado combate, á cuyo término uno de ellos, ó quizá los dos, ha de quedar sin vida. El resultado va á ser sangriento porque la preparacion es larga. Se acechan uno á otro con la mirada del tigre, con la agilidad del mono, con los rugidos del leon. De asechanza en asechanza, de golpes y quites en golpes y quites, van, como dos jugadores de esgrima que se han señalado todo el cuerpo y no se han herido, por las escaleras, por las salas, por los corredores hasta el tejado de la casa á cuyas puertas se habian visto y jurado con sendos y tácitos juramentos la muerte. Ya en el tejado, las armas les embarazan y las tiran, agarrándose cuerpo á cuerpo, como para desahogar más su cólera y cebarse con mayor ira y más crueldad en el cuerpo cada cual de su ene-

migo. Imposible decir lo que allí forcejearon y combatieron. Despues de largo rato, el versallés flaqueó y se tendió sobre las pizarras. Al verlo tendido, buscó su contrario en el cinto un cuchillo para rematarlo. Con la rapidez del instinto, el recién caído agarró á su enemigo de una pierna y lo sacudió con tal violencia para derribarlo que ambos rodaron por la pendiente del tejado como si los arrastrara el viento; llegaron al abismo, y cayeron sobre las piedras de la acera. El versallés tiñó de su sangre el polvo, horriblemente magullado el rostro, mientras el comunero que habia rodado y caído asiéndolo con fuerza como un águila su presa, le clavó su cuchillo en el cráneo, sacándole, como quien descuaja una ostra, los sesos para tenderlos luego con sus propias manos sobre aquella tierra que debia estremecerse de horror al contacto de estos crueles odios y de estos inenarrables crímenes.

A pesar de tantos desastres, la primera emocion á la verdad no fué de un completo descorazonamiento. El 7 de Abril se supo la verdad en todo su horror, á la lectura de estas palabras de Rochefort, publicadas en las primeras columnas de su periódico: «Quisieramos poder mentir, pero no mentiremos. Nuestros guardias nacionales, á merced de jefes tan sobrados de valor, como faltos de experiencia, han sido desalojados de todas sus posiciones, y han visto malograrse uno tras otro todos sus ataques. El general Duvall y el general Henry, han caído prisioneros con una parte de los batallones que mandaban, y los han fusilado sin misericordia. A nuestro amado, nuestro mil veces amado amigo Flourens... lo han vuelto muerto. Hace tres dias que los mejores y más útiles patriotas caen á las balas de los antiguos gendarmes de Pietri, convertidos en los cien guardias de Thiers, y si el heroismo de nuestros soldados afirma la República, tambien puede decirse que la decapita. Hé ahí la verdad.»

Era de ver la avenida de Neuilly. Los niños, en su candor, jugaban con los proyectiles, como con las pelotas; y las pobres mujeres, cuyo destino parece eternamente ser la aflicción, el dolor, aguardaban trémulas, llorosas, con la cabellera esparcida sobre los hombros, y los ojos fuera casi de las órbitas, las camillas donde algunas veces encontraban heridos, y otras muchas muertos, cuyos cuerpos seguían por las calles con alaridos de desesperación que hubieran quebrantado hasta las piedras. Veíanse por todas partes negros catafalcos, en cuya cima iban toscos ataúdes cubiertos de banderas rojas, que semejaban chorros de sangre, y acompañados de músicas funerarias, cuyos tristes acentos se mezclaban con los quejidos y con los sollozos. De más sencilla manera le dieron sepultura al desgraciado Flourens. Su madre reclamó los adorados despojos, y los condujo al cementerio á hurtadillas, sin darle á nadie noticia, llevando por todo cortejo fúnebre cuatro ó cinco parientes desolados, y un sacerdote, que recitó las oraciones de la Iglesia sobre la tumba del racionalista, como bautizado, enterrado en la religión oficial, por la piedad y el amor de su pobre madre.

El furor de la Comunidad revolucionaria no tuvo ya límites. La venganza se apoderó de ella y la arrastró á verdaderos excesos. El terror brotaba como en los peores días de la Convención lo mismo en el seno de uno que de otro gobierno, ambos ciegos de cólera, ambos decididos á perseguirse mutuamente hasta exterminarse. Los bienes de los ministros de Versalles fueron confiscados, y sus personas intimadas á comparecer ante la justicia del pueblo. Todo sospechoso de inteligencias con la Asamblea y su ministerio, debía ser inmediatamente requerido en acusación, y encerrado en las cárceles. Instituíase en veinticuatro horas un jurado de acusación, que conociera de los crímenes políticos, y declarara á los criminales rehenes del pueblo parisiense. Todo fusilamiento de un comunero en Versalles

sería seguido del fusilamiento de tres versalleses de los retenidos en las cárceles y declarados rehenes públicos. Los hijos de los muertos en defensa de los derechos del pueblo, eran adoptados por la Comunidad. Las viudas eran premiadas con una pensión de seiscientos francos anuales. Cada uno de los huérfanos recibiría también trescientos cincuenta francos por año.

Los rehenes principales fueron Monseñor Darboy, arzobispo de París; el abate Lagarde, vicario general del arzobispado; el abate Croze, capellán de las cárceles; el padre Olivain, superior de los jesuitas; Mr. Deguerry, cura de la Magdalena; el presidente Boujean, senador del Imperio; Gustavo Chaudey, ilustre abogado, escritor republicano, antiguo testamento de Proudhon; el célebre barón Jecker que había contribuido tanto con sus estafas á la intervención francesa en Méjico y por consecuencia á la ruina del Imperio bonapartista en Francia; sacerdotes, empleados, gendarmes, otras muchas gentes acusadas de fé monárquica ó de moderación republicana.

¡Qué días aquellos! Mientras el cañon sonaba; y las casas de los alrededores de París ardían agujereadas por la metralla; y las avenidas que pasan bajo el arco de triunfo se llenaban de camillas chorreando sangre; y las calles próximas á los cementerios veían pasar los innumerables catafalcos ambulantes que conducían á su última morada, tantos héroes, inútilmente sacrificados á los furiosos de la guerra civil; descubriéndose por doquier los organistas ambulantes tocando sus sonatas; los titiriteros divirtiendo á las gentes con sus juegos de manos y sus escamoteos; los oficiales envenenándose lentamente con los amargos y embriagadores agenos; las mujeres de mundo leyendo la guerra como si leyeran una novela; y los anunciadores ambulantes con sus grandes carteles en que campeaba el programa de las funciones la comedia nueva titulada *el Pato de tres picos*, que era para desternillarse de risa.

CAPITULO XCVIII.

EL MANDO DE CLUSERET.

Examinemos el mando militar del general Cluseret que sucedió al general Bergeret.

La vida de Cluseret fué bien extraña y tormentosa. Reuníanse en él calidades de escritor á calidades de militar. Pero como casi todos estos seres de dobles vocaciones, si en uno y otro de sus oficios pasaba por competente, en ambos se confundía con los más vulgares, bien lejos de brillar como él imaginaba entre los excepcionales y sobresalientes. Los rebuscadores de noticias literarias recordaban haber leído una crítica suya de las exposiciones artísticas de París en 1868, crítica de principiante, digna de uno de esos colegiales cuya cabeza atestada de nombres propios y de citas clásicas, se ocupa en todo ménos en el objeto mismo de su escrito. Baste decir que por apreciaciones políticas y sociales en artículos puramente artísticos atrajo sobre su cabeza el rayo de César, y vió suspenso primero y luego suprimido su periódico. Más sujeción á la materia, más competencia en el fondo y ménos pretensiones en la forma, acertó á mostrar en

científico trabajo de organización del ejército, donde campeaban junto á ideas inaplicables otras muchas de verdadera utilidad práctica.

Reinaba en Francia por aquellos días de la Comunidad reacción vigorosísima contra los militares literatos, á causa del triste aborto de una de las reputaciones más sólidas, de la reputación de Trochu. El director de la Defensa nacional se ganó nombre famosísimo, influjo en aquellos zozobrosos días, jefatura del gobierno, aureola de salvador, en virtud de libros militares sobre la organización de los ejércitos y la táctica escritos con gran presentimiento de lo porvenir, muy bien pensados en lo interior de su inteligencia y en el silencio de su gabinete, jamás puestos en práctica á la suprema hora del combate y del peligro. Llamábanle á una las gentes el Ollivier del ejército, porque á semejanza de este desgraciadísimo político, decía muchas cosas, y jamás realizaba ninguna. Y si á Trochu le llamaron el Ollivier del ejército, á Cluseret le llamaban el diminutivo de Tro-